

CAPÍTULO SEGUNDO

JÓVENES, PARTICULARIDADES Y TRANSICIONES DIVERSAS: APROXIMACIÓN A LAS CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS Y A LA COMPOSICIÓN Y ESTRUCTURA DE LOS HOGARES

I. LOS JÓVENES Y LA TRANSICIÓN A LA VIDA ADULTA

Hablar de los jóvenes y analizar algunas de las características vinculadas a esta población sugiere, casi naturalmente, aproximarse a un concepto o perspectiva de análisis, que tiene que ver con la transición a la vida adulta.

Esta aproximación implica remitirse a las experiencias vitales según las cuales el joven, o los jóvenes, adquieren la independencia económica, constituyen un hogar independiente y, en muchos casos, permiten el inicio o consolidación de las relaciones de pareja. Este complejo proceso de adquisición de la independencia depende de múltiples factores, entre los que se encuentran el contexto institucional, la situación del mercado laboral, del mercado de la vivienda y de los aspectos culturales vinculados a la familia (de origen).³

Se debe reconocer que el itinerario por el que transitan los jóvenes hacia la vida adulta es incierto, inseguro, poco determinado; incluso se podría decir que muchas veces es casi aleatorio; pero también es de resaltar que en muchos casos es reversible, situación que se entiende en los contextos de precariedad y de qué ocurre en la cotidianidad presente en la que viven. Como lo menciona Machado Pais (2007: 32), incluso hasta resulta problemático referirse al concepto de “transición” a la vida adulta, ya que la transición implica cierto grado de linealidad, y el camino por el que transitan hoy los jóvenes se caracteriza por la reversibilidad y la discontinuidad.

De hecho, la variable edad, que históricamente delimitaba las diferentes etapas o fijaba las fronteras a traspasar, en la actualidad ha perdido parte de su significado. Es decir, que en la actualidad quizá resulta más apropiada

³ La familia de origen es aquella que se constituye de padre, madre y hermanos, así como de familiares cercanos.

do referirse al proceso de transición como una condición de permanencia “entre dos fronteras”.

Ahora, el análisis de este proceso implica tomar en cuenta múltiples factores o elementos que convergen en diversas situaciones, que permiten definir los contextos en los que los jóvenes formalizan transiciones hacia su independencia. Así, algunos de estos elementos hacen referencia al contexto global en el que las condiciones socioeconómicas muy vinculadas al mercado laboral y a la economía globalizada delimitan las representaciones de este tránsito a la vida adulta. Por otro lado, se encuentra el contexto institucional, en el cual se presentan las políticas sociales destinadas a favorecer los procesos de autonomía de los jóvenes. Finalmente, las condiciones estructurales son importantes para entender los determinantes que impactan sobre el joven. Entre estos se pueden mencionar la condición socioeconómica, la pertenencia a una minoría étnica, entre otras.

Es de remarcar que los elementos relacionados con el contexto institucional, básicamente tienen que ver con los aspectos culturales (valores y normas adquiridos a través del proceso de socialización). Esta situación marca la manera en que se va a desarrollar el proceso de independencia. En una sociedad “familiarista” como la nuestra, entendida como una forma de solidaridad e interdependencia intergeneracional, la transición a la vida adulta se puede entender como un proceso que se inicia y se realiza en torno a la familia.

En relación con lo anterior, se reconoce que es, entre los investigadores, cada vez generalizada la idea —o la tesis— del “individualismo” para explicar la multiplicidad de opciones que se les presentan a los jóvenes en un marco en el que las transiciones han dejado de ser exclusivamente lineales, ideas basadas fundamentalmente en la transición de la educación al mercado laboral. Esto se entendía así porque se presuponía que los jóvenes, tras de ser formados en unas determinadas destrezas, eran capaces de asumir responsabilidades profesionales, familiares y sociales propias de los adultos (López Blasco, 2006: 79).

En la actualidad se reconoce que más bien se trata de transiciones en las que los jóvenes deciden cuándo y cómo “entrar” o “salir” de la vida adulta; esto, según de sus preferencias y de las posibilidades que les ofrece el entorno profesional y económico en el que viven. Esta realidad ha llevado a asumir que existe un retraso generalizado en el proceso de emancipación de los jóvenes; pero esta postura invisibiliza una situación más compleja, y parecería que lo que ocurre en la sociedad actual son procesos encubiertos de emancipación dentro de la familia.

Debido a esto, el concepto de emancipación está siendo sustituido por el de “itinerarios vitales” para referirse a los fenómenos que definen las trayectorias de los jóvenes en un mundo globalizado, de incertidumbre y de riesgo (Comás, 2007).

En este sentido, es cada vez más común el uso de los conceptos de individualización y riesgo, que se han convertido en elementos centrales para el estudio de las transiciones de los jóvenes en los últimos años, y para ello se han desarrollado múltiples modelos causales basados en el análisis de los factores individuales y estructurales que explican estos itinerarios (Billari, 2004).

La base en la que se sustentan estas investigaciones deriva de la denominada “modernidad tardía”, que se caracteriza por el incremento de la individualización y la reflexividad. Según Beck, U. y Beck-Gernsheim (2002) y Bauman (2003), lo que ocurre es una emergencia de las “elecciones personales” como una nueva forma de intimidad, en la que los ciudadanos tienen mayor capacidad de reaccionar ante los determinantes estructurales que en el pasado, convirtiéndose en los protagonistas de su biografía personal y social.

En este contexto emergente de las denominadas “biografías elegidas”, se entiende que los individuos toman sus propias decisiones y dirigen sus propias vidas más allá de los determinantes estructurales, que definían en el pasado las biografías “típicas”, tales como la clase social, el contexto institucional, el género o la etnicidad. Esta definición de la nueva modernidad abre las puertas a un nuevo concepto denominado “biografías autonegociadas” (Beck, U. y Beck-Gernsheim, 2002; Cieslik y Pollock, 2002).

En el análisis de las transiciones esto implica que en un contexto en el que las estructuras sociales tienen cada vez menor relevancia, los jóvenes se ven forzados a tomar decisiones en un entorno de riesgo, lo que puede contribuir a aumentar el estrés y el bloqueo ante la toma de decisiones.

A lo dicho es importante añadir que si bien es cierto que los jóvenes dirigen y gestionan sus propias trayectorias vitales con mayor autonomía que en el pasado, en la actualidad estas acciones siguen estando sujetas a determinantes institucionales, socioeconómicos y culturales que inciden en sus acciones, lo que obliga a diferenciar claramente unas trayectorias de otras.

Desde esta perspectiva, se entiende que los jóvenes definen la transición a la vida adulta en un entorno caracterizado por la creciente individualización y globalización, pero al mismo tiempo el alcance de la gestión de sus vidas depende de factores tales como las políticas sociales desarrolladas por los Estados, la situación socioeconómica, el género, la etnia de pertenencia, el contexto socioeconómico más general, la familia y los valores cultura-

les. Este último elemento no por ser más difícil de objetivar es menos importante. Los trabajos de Castles (2004), Fernández (2006) y Fortin (2005) han puesto de relieve cómo las diferencias observadas en los procesos de abandono del hogar familiar o la división del trabajo familiar por género se explican de acuerdo con normas y valores asociados con las diferencias culturales existentes entre los diversos grupos o poblaciones.

Es por todo lo dicho que la introducción del concepto “curso de vida” en lugar del concepto “transiciones” supone asumir la diversidad de trayectorias, así como la naturaleza fragmentaria y reversible de estas, ya que se parte de la idea de que los jóvenes transitan en su camino hacia la vida adulta en un largo proceso indeterminado y fragmentario, en el que se relacionan con el entorno y con su propia intimidad a través de un camino de ida y vuelta (Machado Pais, 2007; Egris, 2001; Holdsworth y Morgan, 2005).

Como se dijo líneas arriba, en estos momentos las transiciones ya no se caracterizan por la “linealidad”, sino por estados de indeterminación; es decir, que se trata de procesos que se definen por encontrarse entre dos estados o situaciones que son natural o necesariamente reversibles.

Como una manera de sintetizar lo anterior, se podría decir que la transición hacia la edad adulta es una etapa crítica del desarrollo, durante la cual los jóvenes dejan la niñez atrás y toman nuevos papeles y responsabilidades. Es un periodo de transiciones sociales, psicológicas, económicas y biológicas, y para muchos jóvenes implica retos emocionales y elecciones importantes. Se podría decir que la naturaleza y la calidad de las realidades futuras de los jóvenes dependen del éxito que tengan en la negociación y en el agenciamiento en este periodo crítico.

Tomando en cuenta lo anterior, a continuación se presentan los datos surgidos de la *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*. Si bien el contenido siguiente no trata de hacer un análisis estricto de la transición a la vida adulta de los jóvenes mexicanos, se muestran las características generales de estos como una manera de aproximación a una serie de indicadores que pueden ejemplificar lo dicho. Así, los datos que se presentan pueden servir como base para posteriores estudios e interpretaciones, además de delinear aspectos interpretativos para entender las condiciones de vida, las percepciones, los valores y las preferencias de este segmento de la población mexicana, que sigue siendo importante en términos de su magnitud.

II. LA IMPORTANCIA DEL ANÁLISIS DEL HOGAR Y LA FAMILIA

Para comenzar con este apartado es importante mencionar que la estructura de los hogares según sus características particulares se supone

moldeada por las correspondientes condiciones de cada grupo doméstico, e influida, a su vez, por las especificidades de las áreas económicas, demográficas y socioculturales en las que se ubican, y donde desarrollan su vida cotidiana.

Ahora, si bien lo anterior es cierto, las tendencias diversas con las que nos encontramos a la hora de analizar los datos a nivel de las unidades domésticas no se concretan del mismo modo en todos los hogares, aunque se podría afirmar que siempre alteran sus organizaciones domésticas, y condicionan las capacidades del grupo para aprovechar las oportunidades que ofrece su entorno microrregional y comunitario (Cortés y Rubalcava, 2002).

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, se debe estar consciente de que el hogar y la familia constituyen formas de agrupación muy antiguas en la historia social. Así, la constitución de ellas se basa, principalmente, en las relaciones de parentesco que existen entre sus miembros, ya sean consanguíneas, políticas o por afinidad, dependiendo esto último de la definición que se tome para delimitar lo familiar.

Por otra parte, algunos estudios han señalado la necesidad de reconocer la emergencia, la permanencia y el cambio de los arreglos familiares específicos, cuya composición y organización interna pueden estar muy alejadas de lo que se observa en el modelo nuclear de familia, y sugieren, además, que las implicaciones económicas, políticas y sociales de la existencia de estos arreglos familiares pueden ser muy importantes (Buvinic, Yossef y Von Elm, 1978; Buvinic, 1990; Oliveira, Eternod y López, 1999).

Si bien las diferentes líneas de investigación han privilegiado una diversidad de objetos de investigación, comparten la característica común de considerar a la familia o al hogar ya sea como objeto principal de estudio, como unidad de análisis, o como ámbito contextual que reelabora los condicionantes de la estructura social e influye sobre el comportamiento de sus miembros (Acosta, 2000).

Aunque, y como se vio anteriormente, tanto la aproximación teórica como empírica ha sido y es diversa, en la actualidad existe consenso en la investigación social en considerar a la estructura familiar como una estructura dinámica que ejerce funciones de mediación entre los niveles individual y estructural, aunque conserva, sin embargo, su propia especificidad (García, Muñoz y De Oliveira, 1982 y 1983; Lerner y Quesnel, 1982; Tabutin y Bartiaux, 1986).

En este sentido, y retomando a Salvia (1995), resulta pertinente reivindicar a las relaciones domésticas y familiares como una unidad de análisis válida para el estudio de lo social. Para ello, la unidad de análisis, pensada como totalidad compleja y dinámica, debe incluir las dimensiones relacio-

nales familia/sociedad y familia/individuo, así como una dimensión analítica capaz de articular ambos campos.

Entonces, como una forma de entender desde dónde surge la necesidad y la importancia de considerar a la familia y a los hogares como unidad de análisis en un estudio de este tipo, se debe hacer explícito que si bien el concepto de unidad doméstica en particular alude a una organización estructurada a partir de redes de relaciones sociales establecidas entre individuos unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y organizan en común la reproducción cotidiana, el concepto de familia, como se vio más arriba, remite a una institución constituida a partir de relaciones de parentesco, normadas por pautas y prácticas sociales establecidas. La institución familiar, como espacio de interacción, rebasa la unidad residencial, pero como ámbito privilegiado de la reproducción biológica y de la socialización primaria de los individuos puede implicar la coresidencia (De Oliveira *et al.*, 1989).

Ahora bien, las relaciones entre géneros y generaciones presentes en el seno de las unidades domésticas y de las familias involucran aspectos materiales, afectivos y simbólicos. Estas relaciones pueden generar conflictos y solidaridades que al intervenir en los grados de cohesión dan mayor o menor continuidad a las familias y a las unidades domésticas (De Oliveira *et al.*, 1989).

Así, la constitución de estos ámbitos y los patrones que rigen su cambio resultan de la combinación de elementos ideológicos, de formas de ejercicio del poder y, en frecuentes ocasiones, del uso de la violencia basada sobre todo en formas de autoridad y división sexual del trabajo generadas cultural y socialmente (De Oliveira *et al.*, 1989).

Entonces, el concepto de unidad doméstica generalmente se refiere al grupo de personas que comparten una vivienda y un presupuesto común para satisfacer sus necesidades básicas. Pero en el seno de las unidades domésticas, en la mayoría de los casos se encuentran vínculos de parentesco (casi siempre existe un núcleo de reproducción biológica), aunque también se dan casos en los que los coresidentes no son familiares (Margulis y Tuirán, 1986).

Si bien en un principio la investigación se orientó básicamente al estudio de las familias tomando como punto de partida su coresidencialidad, actualmente existe consenso respecto a que no en todas las sociedades la organización familiar se limita al ámbito residencial. Esto se da porque, dependiendo de las normas predominantes, la existencia de redes de intercambio y de solidaridad entre parientes y amigos llegan a trascender los límites de la vivienda (Lerner y Quesnel, 1989).

Entonces, a modo de recordatorio, una cuestión que se debe tener presente es la diferencia entre los conceptos de familia y hogar. Como ya se mencionó, el concepto de hogar se restringe al ámbito residencial en el que los individuos se organizan, generalmente con lazos de parentesco, aunque no exclusivamente, y comparten un presupuesto común para lograr su reproducción cotidiana y generacional.

Otra cuestión en la que se debe hacer hincapié es que la investigación sobre los distintos aspectos de las familias ha servido de base para la relativa a los grupos domésticos. Al estudiar a los hogares, necesariamente se hace referencia a conceptos que tienen íntima relación con la familia. Tal es el caso del ciclo de vida familiar, cuya aproximación más común es la edad del jefe del hogar y el tipo de hogar, basado este último en la composición de parentesco.

Entonces, el entender a la unidad doméstica, grupo doméstico u hogar (conceptos que serán entendidos como sinónimos en este trabajo), como el grupo de personas que comparten una residencia y un presupuesto común para la satisfacción de las necesidades básicas, lleva implícita básicamente la aceptación de dos supuestos: el primero, relativo a que el hogar es la unidad de consumo, lo cual implica que este se realiza dentro de los límites del hogar, y, segundo, que el ingreso se distribuye entre todos los miembros, por lo que no se consume individualmente.

Teniendo en cuenta lo anterior, y de acuerdo con lo planteado por R. Wong (1982), analizar la unidad doméstica se debe prestar atención a la estructura interna de poder y de distribución dentro de los hogares, pero también se debe tener presente, si fuera el caso, la forma y la medida en que otros hogares influyen en los procesos de producción y consumo. Según esta autora, la investigación no se debería limitar al hogar como unidad de análisis, sino que se debería dirigir a la identificación de diferentes unidades (hogar, vecindario, pueblo, etcétera) que pueden responder a distintas clases de consumo y necesidades de reproducción. Quizá este debería ser el enfoque de este trabajo en un futuro, teniendo en cuenta los objetivos propios de la investigación que se está realizando.

III. CARACTERÍSTICAS DE LAS VIVIENDAS, LOS HOGARES Y SUS MIEMBROS

Como es sabido, a la luz de las investigaciones existentes no solo en México, sino a nivel internacional, las características de vinculación del hogar y la pobreza no caen en un espacio vacío, sino que como un hecho más

de la vida en sociedad tienen un contexto, que al tiempo que enmarca ese vínculo le aporta especificidades.

Así, las condiciones económicas, políticas y sociales impactan directamente en la forma de apropiación y vivencia de las situaciones de pobreza que realizan las personas. Pero también lo hacen las características de los individuos, sus formas de vida, su edad, su sexo, la composición de sus hogares y su nivel de ingresos, entre otras variables.

Indudablemente, tanto la definición de la pobreza a la que están expuestos los individuos como la forma de vivirla y buscar superarla van a estar directamente relacionadas con esta información de las personas, con la configuración de su perfil y con las características de su entorno de convivencia, por lo que se considera importante detallar algunos de estos aspectos.

En el presente apartado se desarrollan las características más importantes tanto del perfil sociodemográfico como de las condiciones económicas y materiales de vida de los individuos, organizadas de la siguiente forma: se describen las principales características de conformación de los hogares (tamaño promedio y jefatura), el perfil de los miembros de los hogares, lo cual permite analizar la estructura por edad y sexo de los mismos, el estado civil, el nivel de escolaridad, y las condiciones socioeconómicas de vida y sobrevivencia; en tanto que el segundo apartado desarrolla las principales características de las viviendas en su infraestructura y en sus condiciones generales, disponibilidad de bienes y posesión de bienes tales como electrodomésticos y de conectividad en las viviendas.

Los hogares y sus integrantes

En la encuesta se tuvieron en cuenta un conjunto de elementos del ámbito social, demográfico y económico de los individuos, como una forma de aproximación a las condiciones materiales de vida de las personas, a los recursos con los que realizan la reproducción cotidiana y a las características de conformación y funcionamiento de los hogares que los individuos integran, teniendo presente que la familia y el hogar constituyen la unidad de organización cotidiana de la existencia social y económica de las personas, al mismo tiempo que son el centro de su vida afectiva.

Para empezar, es importante enmarcar a las personas en sus unidades básicas de convivencia; es decir, los hogares. Seleccionar como unidad de análisis el hogar es una decisión guiada por el interés tanto en la producción doméstica como en la composición familiar, con el objetivo de "...examinar

los comportamientos de los hogares (...) como actores sociales (...) y los procesos reproductivos como unidades de estudio privilegiadas” (Szasz, 1993).

También, como quedó plasmado anteriormente, quizá la única controversia en relación con el hogar devenga de la necesaria diferenciación que debe realizarse entre el hogar y la familia, ya que con frecuencia ambos términos se confunden o se emplean indistintamente.

Así, el concepto de hogar hace referencia al conjunto de individuos que comparten una misma unidad residencial y articulan una economía común, y el término familia a su vez, en su sentido más restringido, hace referencia al núcleo familiar elemental, designa al grupo de individuos vinculados entre sí por lazos consanguíneos, consensuales o jurídicos.

Ahora, a pesar de la tendencia generalizada de emplear indistintamente los términos “familia” y hogar”, en la práctica se considera que en el hogar un grupo de individuos, emparentados o no, comparten alimentos y gastos dentro de un mismo ámbito doméstico. Tradicionalmente los estudios sociales sobre la familia se han centrado en el análisis del hogar para abordar las formas en que los grupos domésticos se organizan para llevar a cabo la subsistencia cotidiana y para reproducirse a través del tiempo.

En relación con el hogar como unidad básica de medición, Lloyd y Blanc (1996) señalan que estadísticamente se agrupa a las personas de acuerdo con una residencia común más que a las relaciones que las unen, y que en este sentido el hogar que resulta de esta agrupación es visto como una unidad analítica apropiada para el estudio de diversos fenómenos sociales.

Generalmente, los indicadores mencionados son captados con base en información de hogares, sin reconocer las diferencias extremadamente grandes que en esos ámbitos existen, no solo entre géneros, sino también entre generaciones. Aunque sea lo más usual y probablemente lo de mayor utilidad captar y analizar esos indicadores, desde la perspectiva que aquí interesa es necesario decodificar lo que pasa en los hogares, ya que estos espacios son ámbitos de convivencia de personas que guardan entre sí relaciones asimétricas enmarcadas en sistemas de autoridad interna. La experiencia derivada de los estudios tanto de la familia como del hogar sugiere la importancia de tener presente la naturaleza específica del bienestar, ya que éste (al enmarcarse en la intersección de diferentes dimensiones) escapa a la mayoría de los indicadores disponibles (Salles y Tuirán, 1994).

De ahí la necesidad y la importancia de detenerse tanto en las características de los hogares como de los individuos que lo integran, y señalar las diferencias que surgen a partir de la convivencia en un mismo ámbito de distinto género y diversas generaciones.

Tamaño promedio de los hogares

La población encuestada reporta residir en hogares con un tamaño promedio de 4.2 personas por hogar, y la cantidad de individuos en cada uno de estos hogares se distribuye como lo presenta el siguiente cuadro:

Cuadro 2 Cantidad de personas por hogar según sexo (Porcentajes)				
	De 1 a 3	De 4 a 6	De 7 y más	Total
Total	18.4	67.6	13.3	100
Hombres	19.2	66.7	13.3	100
Mujeres	17.7	68.4	13.3	100

Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 131).

Estos datos siguen el patrón nacional reportado por el INEGI para 2010, donde los hogares tenían un tamaño promedio de poco menos de cuatro integrantes. Sin duda, el tamaño del hogar es importante, porque permite una aproximación a la estructura de activos y oportunidades de las familias, ya que la cantidad de miembros en el hogar, en correlación con el nivel de ingresos y la escolaridad, influyen y determinan la forma de percibir, vivir y conformar estrategias frente a las diversas situaciones de la vida cotidianamente.

Cuadro 3 Cantidad de personas por hogar según variables seleccionadas (Porcentajes)			
	De 1 a 3	De 4 a 6	De 7 y más
Grupos de edad			
De 12 a 14 años	6.1	76.5	17.0
De 15 a 19 años	10.7	73.2	14.9
De 20 a 24 años	24.3	62.9	12.2
De 25 a 29 años	30.8	59.0	9.9
Regiones			
Centro	20.5	60.4	18.8
Noreste	18.1	76.5	5.3

Noroeste	20.8	68.9	7.8
Centro-occidente	19.4	70.4	9.2
Sur-sureste	14.2	68.5	16.8
Estratos poblacionales			
Menos de 2,499 habitantes	15.9	65.7	17.3
De 2 500 a 14,999 habitantes	18.8	68.8	12.1
De 15 000 a 99,999 habitantes	18.9	65.1	15.1
Más de 100,000 habitantes	19.4	68.9	11.2

Fuente: *Encuesta Nacional de Valores en Juventud 2012*, Instituto Mexicano de la Juventud, Área de Investigación Aplicada y Opinión del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM (datos correspondientes a la pregunta 131).

A partir de los datos arrojados por la encuesta puede decirse que en términos generales no hay mayores diferencias entre los hogares de acuerdo con el sexo; en contraposición, los más jóvenes residen en hogares con menor número de miembros; es la región noreste la que tiene hogares más pequeños, y, nuevamente de acuerdo con los estratos, las diferencias parecen no ser significativas.

Como se puede observar en los datos, en términos generales los miembros de los hogares en su gran mayoría comparten un mismo gasto para comer (92.3%), lo cual indica que los hogares de los jóvenes encuestados están compuestos por un solo grupo familiar. Si bien lo anterior es cierto, se dan algunas excepciones, que muestran que hay ciertas características que arrojan diferencias con respecto a esta variable. Así, por ejemplo, en la zona centro existe un mayor porcentaje de hogares (12.7%) que comparten con más de un grupo familiar el gasto en comida en comparación con el noreste (3.7%), de acuerdo con los grupos de edad que presentan esta característica se encuentran los jóvenes de 25 a 29 años con 9.9%. Estos datos en principio harían pensar en una mayor complejidad en la composición de los hogares en los lugares señalados y de acuerdo con ciertas características.

Contextualizados los hogares en términos de su tamaño, se presentan a continuación las principales características de los jóvenes encuestados. Si bien, como se dijo antes, no se pretende hacer un análisis profundo de la población, la descripción general permitirá sacar a la luz cuestiones importantes para entender a este grupo poblacional.